

LA MIRADA

Rubén López Rodríguez

En una ladera oriental del municipio de Mafala vivía con mi esposa Blasina Casas, más cinco hijos, en un caserón lleno de patios. En la carrera Carabobo había puesto un taller de fotografía con el empuje económico inicial de mi atribulado padre Eutimio *Milagros*. La gente venía desde la capital, de la costa y poblaciones de la provincia para desfilar por mi estudio y exhibir orgullosa una fotografía con el sello Matiz. Tuve la suerte de que joven perfeccioné la técnica con mi maestro Sinforiano Álvarez.

Un día, cuando retozaba en el corredor de mi casa, me sorprendió a la distancia una bola de fuego, como un sol anaranjado y humeante, que parecía quemar las pupilas de mis ojos. Prendí la radio y me enteré de una tragedia en el aeródromo. Con el día abrasado en llamas salí del barrio Manrique con la infaltable máquina fotográfica y rápidamente subí a mi automóvil, hacia el lugar del suceso, en el que me esperaban mis ayudantes. En el trayecto mi chofer, que nunca se tomaba la molestia de mirar a la cara a su interlocutor, una actitud que por cierto me producía mucha desconfianza, preguntó sobre mi esposa: “Emilio, ¿Blasina todavía odia las cámaras?”

Las sigue odiando. Además, cuando revelo en el laboratorio no soporta el olor del hiposulfito. Era la razón por la cual no había podido retratar los grandes ojos de melocotón de Blasina, una morena hija de un teniente de policía, que junto a la ventana del cuarto se había quedado rezándole a una estampa de San Expedito, el santo de su devoción, para que me fuera bien en el trabajo de hoy. A mis dos ayudantes, que viajaban en el asiento trasero, los había conocido por un experto que me enseñó a preparar los químicos para el revelado, el mismo que me había entusiasmado a desafiar ese camino artístico. A través de la ventanilla clavé la mirada en el cielo renegrido por una humareda y dije: “Lo mismo que mi esposa, yo tampoco me dejo retratar. No soy fotogénico.”

Al imaginar la tragedia del aeródromo me estremecí con espanto de pies a cabeza. “Lo noto un poco nervioso, patrón,” me dijo uno de los ayudantes. Entonces dije: “Me estaba acordando de una foto que tomé alguna vez. En un café con unos amigos de pronto oímos como si estuvieran quemando pólvora. Resulta que muy cerca de ahí la policía estaba abaleando una protesta porque el arzobispo iba a vender unas propiedades de la iglesia a una compañía

gringa, incluyendo la casa arzobispal y el edificio de Villanueva. En el palacio arzobispal estaban apostados la policía y unos francotiradores, mataron a cuarenta y seis manifestantes y dejaron heridos a muchos más. A un obrero joven que tenía la cabeza sobre un charco de sangre le tomé una foto en primer plano. Lo que más me impresionó fueron sus ojos abiertos que con espanto miraban fijos hacia el cielo como esperando rayos y tormentas. Me pregunté una y otra vez qué sería lo que habrían visto.”

Nos dirigíamos a un sitio público como el campo de aviación, pero mi especialidad era la fotografía de estudio donde podía captar mejor la expresión de las miradas usando negativos de vidrio. A los clientes, unos de cachaco y otros de paisano, los hacía sentar en una silla estilo Luis XV, les ponía fondos de paisajes de tramoya y les advertía detrás de la cámara: “Quédese quieto, bien derecho, no vaya a parpadear y mire al lente.”

Ya transitábamos por el centro de la ciudad con rumbo hacia el sur y escudriñaba ansioso por la ventanilla del automóvil que se aproximaba al escenario de la tragedia. Bajo un cielo plomizo, en la pista del aeródromo Las Playas los bomberos apagaban el fuego de dos aviones que chocaron en la pista de aterrizaje y explotaron en pedazos. Flotaba un insoportable olor a carne chamuscada. Por la radio nos enteramos sobre la muerte de varias personalidades, siendo la más destacada la del tanguista Carlos Gardel. Estaba allí con mi ojo averiguador para arrebatarle al siniestro el detalle gráfico que publicaría en periódicos del país, aunque a sus achicharrados actores no se les pudiera percibir ni las cuencas de los ojos.

Me gusta fotografiar las caras, pero en especial las almas, les decía a mis ayudantes. De ahí que mis fognazos no faltaban en las más importantes manifestaciones políticas. Ignoraba que a escasos dos kilómetros del lugar del siniestro, o sea en la plaza de Cisneros, años después tomaría las mejores fotografías en la recepción al líder liberal Jorge Eliécer Gaitán, entre un mar de sombreros, y cuyo asesinato posterior desencadenaría un nuevo conflicto civil llamado La Violencia, incluso más brutal que la Guerra de los Mil Días, en la que el dilema seguiría siendo ser liberal o conservador.

Me fui caminando hasta la pista de aterrizaje y atenzado de pavor fotografié los restos carbonizados de los dos

aviones. Era una más de mis imágenes impresas cual auténticas joyas para la historia, como la llegada de declamadoras con miradas llorosas, artistas famosos como Cantinflas con el brillo de su mirada pícara, María Félix y sus ojos crueles de almendra, Libertad Lamarque y la mirada cándida en su cara de mármol; así mismo las miradas fúnebres en el entierro de un prelado, la piedad en la mirada austera de las monjas de un convento, la melancolía de la mirada gacha en el funeral de los escritores Tomás Carrasquilla y Jorge Isaacs, la mirada que se desvanecía en el forro de la piel de algunos asistentes en el traslado desde México de las cenizas del poeta Porfirio Barba Jacob.

Con mis empleados seguimos en el carro al coche fúnebre de la Funeraria Rendón hacia el anfiteatro. Entonces no me pude contener y dije: “No quisiera ni ver cómo quedó el cuerpo de Gardel. Hace apenas diez días lo vi cantar en el *Teatro España* acompañado de sus guitarristas Barbieri y Rivarol, y de su compositor Alfredo Le Pera, que seguramente habrán muerto en este accidente tan absurdo.”

Recordé que el Rey del Tango cantaba con un timbre perfecto, las cejas levantadas en arco sobre la mirada de picardía dirigida a un punto de la guitarra. Era uno de esos artistas que llevan a la gente al arrebato y las mujeres al delirio, pero creo que la histeria que desataba era más por su mirada que por su música. De modo que proseguí: “Cuando terminó de cantar nadie se paraba del asiento. Le pedíamos más canciones, pero nunca nos imaginamos que lo estábamos viendo por última vez.”

En el anfiteatro de la Facultad de Medicina solo a mí me permitieron entrar para que hiciera un registro fotográfico de los restos mortales del cantante y actor de cine. En la segunda mesa de una sala estaba el cadáver calcinado, marcado con el número 11, envuelto en una sábana. El cuerpo había sido identificado por el buen estado de su dentadura y una cadena que pendía de su ropa con unas llaves y una chapetica con una leyenda que decía: “Carlos Gardel-Juan Juarez 735-Buenos Aires”. Yo estaba horrorizado pues eran quince muertos, todos calcinados, las articulaciones rígidas, algunos con los brazos estirados como si hubieran implorado al poder de las llamas para que no los consumiera. Los restos de Gardel estaban puestos sobre una mesa de disección y, como eso era lo único que me importaba, el forense me dijo: “Los encontramos bajo las válvulas de un motor del avión.”

En el anfiteatro, cuando el estudiante que hacía la práctica de disección de cadáveres retiró la sábana que cubría el cuerpo del tanguista, quise que la tierra me tragara con un pensamiento (“Oh, qué vida tan cruel. ¿Y dónde está Dios? Pero Dios es un Ser muy distinguido que nunca vemos y casi siempre mira para otro lado”), muy impresionado por las quemaduras generalizadas de cuarto, quinto y sexto grado; además tenía una mueca de terror en la cara, sangre en la región temporal, en el pómulo y el ojo derechos; el cuerpo estaba calcinado, los brazos y piernas contraídos, los pies consumidos por la incineración.

Mientras fotografiaba la dantesca escena recordé el fragmento de una canción que Gardel había interpretado unos días antes en el *Circo-Teatro España*: –*Sus ojos se cerraron y el mundo sigue andando*– Supongo que en mi mirada se reflejaba la desazón, un desgarramiento en el alma ante los restos calcinados de quien me había fascinado entonando sus canciones vestido de frac y pelo engominado; el galán de mirada sensual a quien mi padre, Eutimio Milagros, censuraba con el fragmento de una canción, –*Los muchachos de antes no usaban gomina*–.

Todo eso era un contraste con las tentadoras ofertas que los potentados me hacían para viajar a pueblos o a quintas lejanas, cuando empacaba en arcones las cámaras de fuelle, los lentes y trípodes y partía con mis dos ayudantes sobre una recua de mulas a través de caminos de cascajo. Y si no viajaba por los caminos nacionales lo hacía en la imaginación. Obviamente, no escapó a la magia de mi cámara el matrimonio de Alfaro con Ada Luz Fuentes, placas que mostraban en mi hijo mayor unos ojos con la profundidad de un abismo oceánico y en la nuera una mirada que arrojaba llamas de guerra. Eran unos rasgos que supo heredar mi nieto Roberto Matiz. ☒

Rubén López Rodrigué (Santa Rosa de Cabal, 1956). Escritor y editor colombiano, con diplomado de la Universidad de Antioquia. Fue fundador y editor de las revistas *OASSYS* y *Rampa*. Tuvo una columna en *El Muro*, la guía cultural de Buenos Aires. Fue integrante del taller literario de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín. Hizo parte del staff de la revista literaria *Oxigen* de España y de la revista *Francachela* de Argentina-Chile. En la actualidad es corresponsal en Colombia y colaborador de la revista *Archipiélago* de México y de *Resonancias* de Francia. Es autor de los libros *Contra el viento del olvido* (en coautoría con William Ospina y John Saldarriaga), *La estola púrpura*, *Las heridas narcisistas de la humanidad*, *El carnero azul*, *Flor de lis en el País de la Mantequilla*, y *Gorito el abusón*. El texto que aquí publicamos corresponde al capítulo 12 de su recién editada novela *La mirada*.